

Tristeza y el fin

Su último día en la Tierra tiene que ser perfecto. Clara se levanta muy temprano, antes que la alarma suene, antes que Botas comience a rasguñar la puerta de su cuarto, poco antes que el llanto de la vecina del 902 comience a colarse por debajo de la puerta. Cinco minutos exactos pasa en la cama, revisando en su mente el plan que ha trazado para las siguientes 18 horas, y cuando llega al final de la lista decide quitarse las cobijas de encima y comenzar el día. Desayuno. Huevos revueltos y un delicioso chocolate con azúcar para ella, croquetas y comida húmeda de marca europea para Botas. No pudo conseguir fruta esta semana. En las pocas tiendas que quedan abiertas, tampoco hay espinacas, cebolla larga, carne, pescado o cerdo. De joven, nunca le gustó cocinar, pero desde hace unos años cosas muy simples, como prepararse el desayuno, se habían convertido en un placer que debería estar reservado para la más alta realeza.

Música. Chico Buarque, Elis Regina y Tom Jobim. Menos mal tuvo la paciencia de descargar su *playlist* favorita antes que Spotify dejase de funcionar, hace un mes. El fuego del gas calienta la sartén, mientras ella bate los huevos al ritmo de la más hermosa música del siglo XX, y todo parece ser perfecto, normal, casi que cotidiano. Clara siente cómo los sonidos que salen de su viejo parlante Bluetooth invaden todos los rincones de su apartamento de la misma manera y al mismo tiempo que el olor a chocolate y huevos. Un aroma a

música. Se sienta ahora a desayunar, mirando el amanecer desde su ventana. El sol aparece lentamente sobre los modernos edificios y su luz calienta el rostro de Clara. No hay ni una sola nube en el cielo, era un día perfecto.

9 de la mañana. Es la hora de calentar agua en la estufa para tomar un relajante baño de tina. En los diez años que ha vivido en este apartamento, solamente unas cuatro o cinco veces se ha dado un baño así; la escasez de agua y las carreras de la vida cotidiana nunca le dieron tiempo para detenerse y simplemente esconderse bajo el agua. Mientras contempla la olla calentarse, Clara piensa en las leyes de la termodinámica; al mismo tiempo, imagina el gas fluyendo desde el tanque hasta el quemador de la estufa y, finalmente, la combustión que produce esa hermosa llama azul. Calor. En su mente puede ver las moléculas de agua agitándose cada vez con mayor intensidad, bailando entre ellas cada vez más rápido, y su alma de científica se refugia en esta escena.

Clara se agradece a sí misma por el agua caliente y por la prevención que tuvo meses atrás cuando decidió comenzar a preparar el mejor último día del planeta. Fue en enero, hace ya medio año, que los camiones dejaron de llegar a la ciudad y que los buques de China arribaron a media carga. Fue en enero, cuando cerraron Shein, que ella comenzó a prepararse para el final. Ahora contempla el agua hervir y se siente orgullosa de haber sido tan prevenida. En febrero, se sentó en su estudio a hacer la lista de todas las cosas que necesitaría en estos últimos días: elementos de aseo, velas, los ingredientes para preparar su comida favorita, un tanque de gas y hasta consiguió la obra completa de Clarice Lispector, pues siempre quiso leerla y la vida no le dio tiempo. Fue lo suficientemente prevenida para dejar cargadas las baterías de su radio, del proyector de video y varias

lámparas; contrató internet satelital de alta velocidad; bloqueó las puertas de su apartamento y almacenó todos los abarrotes suficientes para sobrevivir cómodamente hasta el final.

El agua caliente de la tina le resulta relajante, y decide subir el volumen de la música para olvidar los sonidos que la moribunda ciudad aún ofrece. Botas la mira mientras ella toma el libro de Lispector y comienza a leer. Todavía no ha pasado de la primera página, cuando una sensación muy extraña le recorre todo el cuerpo. Sus manos y sus pies ahora saben que ella nunca acabará de leer las 600 páginas, tampoco que existen demasiadas historias que nunca conocerá, que aún le faltaban muchos más libros por leer, muchos más discos por escuchar, más lugares que visitar, más personas... Por Dios, Clara se da cuenta de que le hará falta vida para ver más telenovelas coreanas. ¿Por qué no vio más telenovelas coreanas? Una lágrima rueda y se confunde con el agua de la tina. Clara recuerda que no tiene sentido sentirse así, pues la vida es para vivirla y el llanto no trae nada bueno a la existencia. Decide salir de la tina para ahuyentar los pensamientos oscuros y comenzar a arreglarse para el fin. Botas sale corriendo del baño, como si quisiera evitar ser salpicado por el agua que cae del cuerpo de Clara al suelo.

A las 11 de la mañana comienza a preparar su última comida. Atraídos por el olor, algunos de sus vecinos tratan de romper la puerta del apartamento, pero las sólidas rejas que instaló logran mantenerlos a raya. Hace unos meses, pensó en comprar un arma, mucha gente lo hizo, para protegerse en estos últimos días, pero un revólver no puede hacer nada en contra del armagedón. Las rejas mantienen a los que hasta hace poco tiempo eran sus vecinos y amigos alejados de los pocos recursos que tiene para su supervivencia. Las rejas también han terminado con los paseos que Botas se daba por todos los

balcones del edificio, pero esto es un pequeño precio que se paga por la tranquilidad de la que ahora ambos gozaban.

Mientras la sopa hierve en la estufa y Elis Regina canta a los jóvenes de su tiempo, Clara mira por la ventana el paisaje de la ciudad. Escucha a lo lejos el sonido de otra música, un acordeón que seguramente alegra la última fiesta de la humanidad. Apaga la música y decide encender su celular; quiere tener noticias del mundo, quiere revisar si en Ámsterdam están drogándose o si en el Tíbet están rezando. TikTok todavía funciona, pero está lleno de videos de la semana pasada; con los servidores locales caídos, muchas personas no han podido entrar a actualizar el contenido. Entra a un Live de unos niños en Mauritania que rezan en francés —apenas entiende las palabras que dicen—, pero el contexto de lo que le está sucediendo le queda muy claro.

Clara no quiere pensar, no quiere sufrir, no quiere llorar en su último día. Suficientes lágrimas ha derramado en toda su vida: lloró el día que murieron sus padres, el día que le robaron todo su dinero, el día que murió la mamá de Botas, el día que enviudó, el día que perdieron las elecciones, el día que la sacaron del proyecto... Mejor no pensar en eso; no quiere recordar el sentimiento de impotencia que la invadió cuando el presidente de la República y el ministro de Ciencia y Tecnología aparecieron en su oficina para sacarla del proyecto.

—Imbéciles— otra lágrima rueda por su mejilla. El recuerdo de las discusiones con Robertson ha vuelto. El pensamiento recurrente de que ella pudo haber hecho algo diferente llena la mente de Clara la mayor parte del tiempo, pero ya es demasiado tarde. Chico Buarque debería ser suficiente para olvidar, pero ni cantando a todo pulmón logra borrar sus pensamientos. No es su culpa, ella lo sabe, se lo dice

todo el tiempo al espejo, pero los fantasmas ocultos en su inconsciente le dicen lo contrario. Cuando ella notó lo que iba mal, cuando sus primeros cálculos le permitieron demostrar la ineficiencia cuántica del sistema y las posibles consecuencias de encender el reactor, la tildaron de exagerada. Trató de explicarle a todo el mundo en la universidad que el experimento era potencialmente peligroso, pero ni siquiera el decano de la facultad le entendió el concepto de reacción en cadena desacelerada. ¿Quién iba a decir que la última en recibir del premio Nobel sería una mujer colombiana?

No hubo ceremonia. El premio era sobre todo una forma de anunciar al mundo que Robertson Martínez era un idiota de proporciones apocalípticas; de recordarles a los nueve mil millones de personas que iban a morir por causa de la activación del reactor Chiminigagua 2, y, además, el nombre de aquellos a quienes podrían culpar por el fin. Los medios también responsabilizan a la joven gerente del proyecto Chiminigagua, al ministro y al presidente. Los culpan y no los culpan. ¿Qué podían hacer estos burócratas si las ecuaciones que explican por completo el fenómeno son demasiado complejas incluso para un estudiante de último año de física? Pero Robertson, qué imbécil, qué tarado ambicioso, qué cliché sacado de una película de los ochentas. A Clara no le alegra la forma como la turba enfurecida en el aeropuerto de Heathrow lo persiguió y golpeó hasta despedazarlo, pero tampoco se siente mal al respecto. A Clara no le alegra nada, ni el dinero, ni el Nobel, ni el perdón que el presidente le pidió públicamente. A Clara le alegraría la vida un *éclair* de la pastelería El Cometa, pero la cerraron hace tres meses. Le alegraría pasar un día más con Carlos, pero él viajó hace seis semanas a Barranquilla para estar con su madre. A Clara le alegraría la vida saber que sus cálculos no fueran correctos, es decir, haber estado equivocada, y así ver

el amanecer mañana, levantarse, abrir la ventana para que Botas salga a pasear, ir al trabajo y quejarse del tráfico de Bogotá, también preocuparse de cosas comunes como el recibo del agua o la salud de su anciano gato. A Clara le alegraría la vida nunca haber entendido el verdadero significado de la palabra soledad.

Sola, en su hermoso apartamento, Clara disfruta su último almuerzo mientras ve por la ventana cómo el cielo comienza a pintarse de rojo, y escucha los sonidos del miedo y la ansiedad que suben desde la calle y atraviesan las paredes de los apartamentos vecinos. Falta muy poco tiempo para el fin del mundo. No sabe qué hacer ahora que completó todo lo que había planeado, solamente se le ocurre subir el volumen de su viejo parlante Bluetooth y dejar que Elis y Tom se encarguen de acompañarla al otro mundo. Pero por primera vez en su vida calculó mal; le falta una canción para el fin del mundo. Mientras todo acaba, Clara escucha una hermosa voz brasileña cantar:

Triste es vivir en soledad.
En el dolor cruel de una pasión.
Triste es saber que nadie
puede vivir de la ilusión...

Daniel Enrique Monje Abril